



# LOS INTELLECTUALES TORNAN A CRISTO

RAMIRO DE MAEZTU

Intelectual, periodista y político español, ampliamente conocido en ambos Continentes. Mientras militó en las filas del intelectualismo liberal que soñaba con europeizar a España, fué el idolo de las izquierdas. Su transformación ideológica en sentido tradicionalista y católico, aquí descrita, fué causa de que el izquierdismo mundial le negara sus ditirambos. Pero la juventud española le consideró como mentor de una nueva ideología, y una nueva política. Colaboró en la prensa española, inglesa e hispanoamericana. Dirigió la revista y el movimiento de "Renovación española". Es autor de "la Crisis del Humanismo" — "Hacia otra España" — "Defensa de la Hispanidad". La presente narración no la conocemos en su original castellano que tal vez no existe. Es una traducción tomada de la obra: *Lamping: Menchen die zur Kirche Kamen.*

Yo no creo que pueda llamarme convertido, ya que los vínculos que me unieron con la Iglesia, nunca se rompieron definitivamente. Verdad es, sin embargo, que con los primeros devaneos de mi juventud surgieron en mi alma las primeras dudas y nunca puse mayor empeño en encontrar al hombre que me las pudiera resolver. Me preguntaba, por ejemplo, por qué Dios creó al demonio; y no lograba encontrar una respuesta satisfactoria.

Sin duda contribuyó también a ello lo siguiente. Yo había vinculado mi vida de escritor al problema de mi patria, España, que un día fué grande y decayó más tarde, sin que hasta el presente se hubieran señalado las verdaderas raíces de su engrandecimiento y de su caída. Yo fui de parecer durante largos años, y aún lo soy, aunque bajo una modalidad distinta, de que el español del siglo XVI y XVII había sacrificado los inmediatos intereses de la patria en favor de la gloria de Dios y de su Iglesia. Aunque este modo de concebir las cosas debía haber provocado en mí un conflicto entre la Religión y mi patriotismo, creo que sería difícil encontrar un solo pasaje contra la doctrina de la Iglesia en los miles de artículos que redacté a lo largo de veinte años. Al contrario. En todos los periodos de mi vida defendía, aunque de pasada, las ideas y concepciones cristianas.

Aún me acuerdo de un artículo del año 1901. La población madrileña, como sucedió también con frecuencia a lo largo del siglo XIX, participaba entonces de un ardiente anticlericalismo. Diversas circunstancias contribuyeron para el éxito del dra-

ma antirreligioso, "Electra", de nuestro gran novelista Galdós. Yo me contaba entre los jóvenes escritores, que asaltaban las tribunas del "Teatro Español" para aplaudir al autor. Mas, para probar que mi entusiasmo no procedía de anticlericalismo, sino de pura admiración literaria por Galdós, publiqué en aquellas mismas semanas un artículo en que defendía a las vírgenes que preferían el claustro a la vida mundana: una tesis totalmente opuesta a la de "Electra".

El que los vínculos que me unían a la Iglesia nunca se rompieran definitivamente se lo debo al influjo de tres hombres: en primer término a Don Emeterio de Abechuchó, párroco de San Miguel, en Vitoria, donde fui bautizado. Don Emeterio me preparó con gran cuidado para la primera comunión; cada tarde tenía que ir a su casa, para que me explicara detenidamente los dogmas de la Iglesia. La imagen de su seco, huesudo y ascético rostro, quedó fija en mi memoria como el prototipo de la virilidad y de la bondad.

La segunda persona fué una criada, oriunda de Guipúzcoa: Magdalena Echevarría. Veinte años había vivido ella en mi casa y nosotros la respetábamos como a una segunda madre. Lo maravilloso en ella era que, sin haber aprendido a leer ni escribir; más, sin hablar siquiera correctamente el castellano, era de un sentido finísimo en las cosas de la moral. Tenía una profunda preocupación por la honra de la familia. Aunque es cierto que sólo ahora comprendo yo que ella debía su genial instinto moral a su vida religiosa, aun entonces la considerábamos mis hermanos y yo como una santa o algo muy parecido. Era para nosotros el modelo de la abnegación.

Debo nombrar en tercer lugar a Manuel de Zurutuza, un compañero de juventud. En él admiraba yo un agudo entendimiento y una conducta caballerosa y cristiana. Fué el primer hombre que me convenció de la posibilidad de unir la Razón y la Fe.

Debo advertir que en el último tercio del pasado siglo en el Norte de España se padecía del prejuicio de que un hombre ilustrado no podía ser piadoso y un hombre piadoso no podía ser ilustrado. Creo que el recuerdo de estas tres almas amadas y creyentes me hubiera bastado para preservarme de la tentación materialista de negar la existencia del alma.

Pero permanecí alejado de la Iglesia, porque no supe apreciar la eficacia de sus remedios para los males de mi patria. Probablemente nunca hubiera llegado a preguntarme con seriedad si yo era católico o no, de no haber entrado en el estudio de la filosofía. Como el periodismo es dispersión del espíritu, malgastaba yo mi tiempo, como consecuencia de las diarias preocupaciones sobre las cuestiones de actualidad, sin fijar mi pensamiento en los problemas fundamentales de la vida. Por eso necesité veinte años para andar el camino que San Agustín recorrió en un vuelo de diez minutos.

El primer sistema que yo estudié fué la filosofía de Benedetto Croce. Sucedió esto el año 1908. Su "Filosofía del espíritu" me alejó de la fé. En el sistema de Croce todo el Universo es Espíritu, y el Espíritu sólo necesita de la Libertad para desarrollarse en perpetuo avance de la Teoría a la Práctica; de la Práctica de nuevo a la Teoría, de la Estética a la Lógica, y de la Economía a la Ética progresando fijamente in infinitum. La consecuencia práctica, que yo deduje, fué que lo Conservador y lo Reaccionario no era otra cosa que la oposición de la Materia al progreso del Espíritu.

Pero como Croce no me explicaba lo que era la materia, aunque más de una vez, al menos indirectamente, admitía su existencia, hube de buscar en otros sistemas algo que solucionara mis dificultades. Así pasaron algunos años hasta que deduje que para "libertar" el Espíritu era necesario señorear la vida práctica.

Es extraño, pero debo agradecer precisamente a Kant, cuya filosofía comencé a estudiar en Alemania el año 1911, el inmovible fundamento de mi concepción religiosa de la vida. Yo sé que Kant ha llenado el mundo de escépticos con su enseñanza sobre Dios, la Inmortalidad del alma y la Libertad de la voluntad como indemostrables Postulados de la Razón Práctica. Yo sé que la Lógica de Kant es tal, que ha provocado en el mundo la confusión entre el Espíritu y no Espíritu. Pero él me demostró que el Espíritu nada puede crear del No Espíritu. Lo que a mi me sorprendió en su filosofía fué, no tanto la proposición de que los juicios sintéticos a priori nada valdrían si no se dieran las categorías del pensamiento que son a su vez las

categorías del Ser; sino el hecho mismo de que tales juicios sintéticos a priori existan. Es decir, el hecho de que — dos más dos son cuatro — sea un juicio sintético a priori. Lo que prueba que la Lógica y la Matemática en vez de ser o poder ser un producto del mundo material, son y deben ser una creación del Espíritu. Ante esta conclusión hube de deducir que el espíritu era increado y no provenía de la materia. Y así me libérté para siempre de los residuos de la doctrina darwiniana, que aún empañaban mi manera de pensar. Aunque nunca estudié propia e inmediatamente el Darwinismo, sin embargo, lo había respirado con el ambiente de mi época. Todo lo demás que aprendí en Kant me pareció secundario frente a esta decisiva conclusión práctica. Yo no sé, y me interesa muy poco saber, si el cuerpo del hombre proviene de un mono. Una cosa es para mí cierta: que el espíritu no procede de ninguna otra cosa sino del espíritu. Esta verdad parecerá a todos los hombres reflexivos y pensadores evidente. Pero estoy persuadido que no tendríamos tantos incrédulos entre los hombres ilustrados de los pueblos latinos, si esta verdad fuese suficientemente repetida y difundida. Porque entre nosotros Incredulidad y Materialismo vienen a ser una misma cosa.

En cambio la Moral de Kant y su Imperativo Categórico: "Obra así, que la máxima de tu obrar en cada momento debe valer tanto como el principio de una Legislación universal" me gustó mucho menos; pues es claro que no todas las normas de la naturaleza —v. g. que el pez grande se coma al pequeño— pueden valer como normas de moralidad; y en segundo lugar entre las gentes perdidas predomina la tendencia a contaminar a los demás con su inmoralidad.

Y con ello queda dicho que la universalidad en sí no es ningún criterio de bondad moral.

Por otra parte tampoco me podía satisfacer con la moral de los hombres modernos —tales como los socialistas— y aspirar a hacer más felices a los hombres en un mundo mejor, sin preocuparse de hacer mejores a los mismos hombres. Al hambriento hay que darle su pan; eso es evidente. Pero lo más importante para mejorar el mundo es hacer a cada hombre más fuerte, más prudente y mejor.

Más extraño resulta todavía el que yo deba agradecer a Nietzsche mi separación de los Utopistas, y mi persuasión de que los hombres, para su mejoramiento, tienen que volver a sentirse otra vez pecadores, como en los siglos más creyentes. Esta exclusión de la enseñanza de Nietzsche no ha tenido tanto éxito como su odio contra el cristianismo y su concepción del Superhombre. Pero llegará un día en que habrá que estudiar a Nietzsche como iniciador del retorno a la Iglesia de muchos intelectuales. Esa gloria le corresponde porque es el filósofo moderno que ha enseñado a los hombres con mayor elocuencia a desconfiar de sí mismos.

Yo leí a Nietzsche por patriotismo. En 1898 nos había vencido Estados Unidos, que quería aureolar su vocación de invencible potencia mundial con el prestigio de libertador de pueblos oprimidos. La general depresión que los largos años de guerra colonial produjeron en mí y en los que me rodeaban, me llevó a la persuasión de que nos hacían falta hombres que estuvieran en un plano superior a los demás. ¡Superhombres! Lo que predicaba Nietzsche era lo que le hacía falta a España. "Yo os enseño el Superhombre, El hombre es algo que debe ser superado. ¿Qué habéis hecho vosotros para superarlo?" La enseñanza de Nietzsche es en su raíz la vieja doctrina de la Iglesia. El superar al hombre viejo, al pecador, en cada uno de nosotros. Es cierto que Nietzsche acusa a la Iglesia de haber creado una Moral contra la naturaleza. Pero en esto yo no le seguía pues había aprendido en Kant que los juicios sintéticos a priori no pueden provenir del mundo material; que no provienen de la experiencia. De donde yo deduje que el reino del espíritu no era la Naturaleza en el sentido de los materialistas, sino Supernaturaleza. Por otra parte Zarathustra no me decía lo que es el Superhombre, por eso hube de ir en busca de otros modelos.

Siempre tuve los Evangelios por un libro excepcional. Nosotros, en nuestra vanidad de escritores, nos imaginamos fácilmente que en nuestros mejores momentos somos capaces de producir una página como Platón, Shakespeare o Cervantes. Sin embargo el nivel de los Evangelios siempre me pareció inasequible. Lo que en ellos se dice, pudiera decirse en cualquier instante, y sin embargo no se nos ha ocurrido de-

cirlo. Más aún. Lo dicen precisamente tal como debe ser. Porque el ideal literario no consiste en decir las cosas más sencillas de la manera más complicada, sino en decir las cosas más complicadas con palabras que el niño aprende de su madre. Nuestro Señor habla a los hombres como un padre a sus hijos y les revela las cosas más profundas, profecías y el porvenir más lejano, las manifestaciones más inesperadas de sus más secretos pensamientos; sea con sentencias inmediatas, como espadas, sea en parábolas, que están tomadas de las ocupaciones diarias de un sencillo pueblo campesino. Nadie ha escrito mejor que los cuatro evangelistas las palabras del Maestro. Y todavía más. La figura de hombre que nos presentan no es menos admirable que lo que nos dicen. Allí nos muestran al Sabio y al Profeta, al Moralista y al Visionario. En sus obras se nos manifiesta no sólo un poder, muy superior al nuestro, sino una disciplina y un señorío de ese mismo poder, que hace de Jesús el más grande "Profesor de Energía", según frase en voga hace treinta años. Un gesto suyo basta para arrojar del templo a los vendedores. Sentimos siempre al acompañarle, que de haber querido hubiera podido aniquilar a Pilatos, a Herodes, a Caifás. Pero él se dominaba a sí mismo, porque no había venido al mundo para eso, sino para enseñarnos que Dios es Amor. Lo que no impide que nosotros en todo instante tengamos la sensación de su Omnipotencia, como de manera maravillosa trató de representarlo el Maestro Mateo en el Pórtico de la Gloria de la Catedral de Santiago ¿Puede darse mejor escuela de energía que ese señorío perenne de su poder?

Persuadido ya de que el prototipo moral del hombre se ha de buscar en el Evangelio, vagaba yo una vez por las calles de Londres, cuando en la fachada de una Iglesia protestante, creo que baptista, leí una inscripción que rezaba: "Sean bienvenidos todos los extranjeros". Han pasado 25 años y aún perdura en mí la conmoción que experimenté al leer esas palabras. El pensamiento de sentirme extranjero en una casa de oración me fué tan repugnante que me parece que fué definitivo en mi vida. Y eso que aun entonces me parecía claro, que esa invitación estaba bien pensada. Probablemente se trataba de una pequeña secta, que trataba de difundirse. Pero a un español no le entra el invitar a un "extranjero" o a un "forastero" a entrar en la Iglesia, porque para la Catedral de Burgos nadie es "extranjero".

Años más tarde llegué a persuadirme que América pudo ser descubierta, porque nosotros los españoles creíamos que los habitantes de aquellos países desconocidos, hacia los cuales buscábamos un camino, debían ser convertidos y salvarse como nosotros. Y si más tarde el P. Francisco de Vitoria encuentra el derecho internacional es porque asienta como fundamento de toda la doctrina del derecho la universal relación mutua de los hombres. Si Lainez, el segundo General de los jesuitas, defiende en el Concilio de Trento que debe ser rechazada la doctrina de la justitia in partem, que proponía el Agustino Seripando, lo hace por su íntima persuasión de que los medios de justificación, que nos ha alcanzado Nuestro Señor son superabundantes para la salvación del hombre, que los quiera utilizar. Todavía hace pocos años escribía el P. González Arintero, el más sabio de nuestros místicos, en su obra fundamental: "No hay enseñanza en la Teología mejor fundamentada que esta: que todos sin excepción.—próxima o remotamente— cuentan con una cantidad suficiente de gracia". Era, por lo tanto, la inmutable tradición del catolicismo español, la que en lo más íntimo de mí se revelaba contra el pensamiento de ser tratado de extranjero en una Iglesia. Y aunque en aquel momento yo no conocía esa doctrina, la vivía como una herencia de mi pueblo.

En aquellos años trabé relación con diversas personas que se ocupaban con temas muy parecidos a los míos y que ejercieron sobre mí considerable influjo. T. H. Hulme, muerto en la Guerra Mundial, llegó siendo aún estudiante, a la publicidad con una Conferencia en Cambridge, en el que expuso la teoría de que los Románticos eran hombres, que negaban el pecado original y consideraban a los hombres como reyes encarcelados, que volverían a ganar sus tronos, apenas volvieran a recobrar su libertad. Enseñaba que el arte y el pensamiento habían sido esterilizados por el naturalismo y el subjetivismo y hacían falta polémicas de largos años para revalorar los principios del Clasicismo cristiano en la Filosofía y en la Moral. Era un estuquista partidario de la

doctrina ética de Mr. G. E. Moore, porque volvía a restaurar la fe en la objetividad del bien contra el Relativismo de los modernos.

Pero Hulme ejerció en mí un intenso influjo, más que por sus ideas, por toda su actitud. Fué tres veces voluntario en la guerra, herido primero en el campo de batalla y por fin muerto. Con este su ejemplo me demostró que la veneración por el estado y el valor guerrero son virtudes del amor y del espíritu, con los que uno se eleva sobre las debilidades del cuerpo.

El arquitecto G. Arturo Penty, el hombre que según William Morris más ha trabajado por hacer amables y atractivos los gremios y las ideas del Medioevo, me enseñó la necesidad de hacer prevalecer de nuevo la superioridad del espíritu sobre el culto supersticioso de la máquina, en la que los modernos han colocado sus esperanzas de un mundo mejor.

El Barón von Hügel, que tuvo la amabilidad de introducirme en la Sociedad para el estudio de la Religión (London Society for Study of Religion) me demostró la posibilidad de unir la más alta tolerancia (en el sentido más noble de esta palabra) con la piedad más entusiasta. Esta Sociedad se reunía una vez por mes para discutir de un punto teológico desde el punto de vista de cada uno de los reunidos. Eran unos veinte los participantes, entre ellos Católicos, Anglicanos, Disidentes y Judíos: éstos formaban cerca de la mitad. Era costumbre que el Barón tomara la palabra después de los ponentes, para dar su parecer. Cuantas veces pude oírle, recogía von Hügel el punto de vista del orador y lo defendía con calor para mostrar inmediatamente la necesidad de un contradictor y un juicio complexivo y demostrar que aquello como todo lo demás estaba solucionado armónicamente en la Religión católica y por cierto desde el más elevado punto de vista. Aquel hombre me causó la sensación de una fuente inagotable de sabiduría, libertad de espíritu, amor espiritual y fe viva.

En aquellos días trataba yo de esclarecerme los dogmas fundamentales de nuestra religión. No con el ridículo propósito de descifrar los misterios, sino con aquella ansia razonable, aprendida de Pascal, de concordar mi concepción de las cosas con esos mismos misterios.... Cuando ordené un poco mi sistema de valores, concluí que todos los valores, que el hombre aprecia en algo, se pueden incorporar en tres grupos: poder, sabiduría y amor, pues en ellos se incluyen todos los llamados valores estéticos. Un análisis de esos tres grupos de valores me demostró que aunque es posible distinguirlos, en rigor son inseparables. El poder, por ejemplo, debe ser, además de poder, poder de sabiduría y poder de amor, porque el poder se aniquila a sí mismo en cuanto se transforma en poder de ignorancia y poder de odio. Lo mismo hay que decir de la sabiduría y del amor. Solo Dios, el Bien, es la absoluta unidad del poder, de la sabiduría y del amor. Sobre el frontispicio del infierno leyó Dante:

Fecemi la suprema, potestate,  
La somma sapienza, il primo amore.  
(Me hizo el poder supremo,  
la suma sabiduría, el primer amor).

Cuando Arintero me enseñó que el Padre era la personificación del poder, el Hijo de la sabiduría, y el Espíritu Santo del amor; más: que los pecados de debilidad son contra el Padre, los de ignorancia contra el Hijo, los de odio contra el Espíritu Santo, comprendí que mis propias elucubraciones me daban el mismo punto de vista.

A la veneración de la Santísima Virgen me llevaron no tanto mis elucubraciones cuanto una necesidad de mi corazón. Creí siempre que era cosa razonable que la Encarnación preparase su llegada, por el que se purificase su camino y para ello escogiera una Virgen sin mancilla, libre del pecado original. Pero el impulso para dirigirle mis oraciones, brotó no de esos pensamientos, sino de la llama e íntima necesidad de mis pasiones. Si de ellas, como es inevitable surge el dolor de algún grave desengaño, se necesita de la sugestión o del consuelo que nos levante de nuestra caída, si no nos hemos de quebrar enteramente. Nada hay comparable al influjo que en tales casos puede ejercer sobre nosotros una "Blanca sombra". —En mi caso tal vez era una semiconsciente invocación a la "Virgen Blanca", patrona de Vitoria, mi patria, que yo había venerado en mis años primeros.

Cuando se piensa lo que significa una imagen que simboliza la pureza, se com-

prende mejor lo que para hombres vigorosos, como los soldados y marinos de la vieja España, representaba la veneración a la Virgen: una coraza contra las concupiscencias que fortifica en ellos el espíritu para despreciar como bajeza las pasiones viles. Contra ese envilecimiento se creó en España hace más de mil años la "Salve", y no hay oración más dulce para los labios de un varón.

Las cuestión de los milagros no me ocupó de manera especial; pues vivía en días en que el estrecho determinismo de las leyes de la naturaleza estaba en desprestigio. Puede decirse que para los hombres pensadores, el mundo entero está lleno de prodigios; porque la vida es un milagro o por lo menos un eterno secreto. El alma es un milagro; y la verdad, otro prodigio mayor. El que nosotros, los hombres podamos comunicar con otros nuestros pensamientos; que otros hombres manifiesten los mismos pensamientos por medio de signos en el papel, nos parece del todo natural, pero es cosa llena de misterio. Cuando la experiencia cotidiana le muestra a uno estas incomprendibles realidades del espíritu, cae por tierra en gran parte la dificultad: a saber, la de concebir que Dios haya dado a ciertas almas selectas especiales muestras de su influjo todopoderoso en la tierra, de las que ellos puedan dar testimonio.

Otra de las cuestiones que ocupó mi atención, es la imperturbable seguridad de la Iglesia en su enseñanza moral. El P. Arintero me enseñó en su obra "Desarrollo y vitalidad de la Iglesia" que ese hecho es inexplicable sin el magisterio infalible del Espíritu Santo, que según las circunstancias y condiciones de los tiempos da a los diversos miembros de la Iglesia la inteligencia adecuada. La Iglesia, testigo del mundo sobrenatural, suscitador de las buenas costumbres en este mundo, fiel vigía del reino del espíritu, es al mismo tiempo el centinela de la paz, de la felicidad y del progreso en los estados terrenos. Ella es en efecto la que se preocupa de que en todas las clases y regiones señoree el pensamiento del derecho. Es la que unge los reyes. Ella les recuerda que es su deber proteger a los desvalidos. Y de ello recibe el estado laico un poder, que al mismo tiempo conoce sus límites. Recibe con ello una aureola carismática, que hace que su autoridad sea respetada. Ella vigila no solamente por el orden, cuando peligra por las tendencias inmorales de los hombres, sino que protege todos los avances, al despertar las aspiraciones más elevadas. Y mientras estrecha con los vínculos del amor las relaciones de los mandatarios y los súbditos, crea una armónica unidad en la sociedad y el estado, que constituye el secreto de su fuerza y de su duración. Otras religiones podrán ayudar también al Estado; pero sólo la Iglesia católica le sirve de modo que no necesita supeditar a él más altos ideales. Por eso no hay estado, que haya contado con mejores servidores que la antigua monarquía católica española, por lo menos mientras permaneció fiel a su Misión ideal. Cuando aparecieron en España los hombres que creyeron que su patria se había sacrificado demasiado por la Iglesia, aparecieron asimismo los españoles que juzgaron que se había hecho también demasiado por la Monarquía y por España.

Por eso nosotros tornamos a la España, que abandonamos. Finalmente y después de todo vengo a encontrar que mi patria, desde que se separó de la Iglesia ha perdido su camino, y no lo volverá a encontrar hasta que, con toda sinceridad vuelva a enfilarse perfectamente dentro de la Iglesia. Y si es cierto que en el tiempo de la Contrarreforma sacrificó sus fuerzas en favor de la Iglesia, ello es una gloria y no una ignominia suya. Dios premia por siglos a sus servidores. Dios nos regaló, en premio de nuestros servicios, el más grande Imperio de la tierra. Y si nosotros lo perdimos ya —a lo cincuenta años de habernos acogido a los ideales de los enciclopedistas,— debemos descubrir el verdadero motivo de nuestra decadencia en que, de hecho y en realidad, habíamos dejado de ser una monarquía católica para transformarnos en un estado laico como los demás estados de Europa.

El amor a España y la constante preocupación del problema de su decadencia es el que me llevó a encontrar en su fe religiosa las raíces de su glorioso pasado. Pero al mismo tiempo encontré que esa fe es razonable y atractiva. Y no solamente compatible con el progreso y la cultura sino su estímulo y supuesto necesario. Y esto me ha hecho más católico, creando en mí, mayor capacidad para el mejor servicio de mi patria.

*R. a. m. i. r. o. d e M a e z t u*